

# el sacramento del perdón \*

• C. MEHARU, S. J.

**L**A ofensa y el pecado dicen relación a un orden de amistad y no principalmente a un orden de justicia. No hay justicia entre Dios y el hombre, o al menos no hay más que justicia imperfecta, puesto que no existe medida común para ambos extremos. Pero incluso para que haya lugar a esta especie de justicia, siempre imperfecta, es preciso que haya también amor. Es un hecho indiscutible que Dios nos ama, que nos ha creado por amor, que ha entregado en favor nuestro la vida de su Hijo, que nos invita a entrar en su amistad.

Decir que Dios devuelve su amistad al pecador penitente, que le justifica, que le perdona, siempre será decir que Dios le transforma de alguna manera. Dios, en efecto, no cambia: todos los cambios de actitud de Dios, respecto a su criatura, significan un cambio real en la criatura, mas no en el Creador. El está como el padre de la parábola del hijo pródigo, en espera lleno de amor.

Dios, por el simple hecho de ser Dios, no puede perdonar como perdona el hombre. Un hombre puede perdonar a otro

que todavía abriga contra él malas intenciones; basta que olvide, que no piense o no quiera pensar en su enemigo, que se despreocupe de él. El perdón le es siempre doloroso, precisamente porque debe cambiar dentro de sí mismo, debe volver atrás, y porque el volverse, al renunciar a su animosidad, no tiene poder para cambiar el corazón de aquel que le ha ofendido. Su perdón es generoso, pero limitado, consiste simplemente en que quien perdona, renuncia a descargar su cólera y su resentimiento, destruye toda voluntad de hacer daño. Dios no perdona así. No puede hacerlo, puesto que Dios es inmutable.

Su perdón consiste en transformar el corazón del pecador y en hacer de un ofensor su amigo libremente convertido a su Salvador. El perdón de Dios no deja que el mal o la ofensa subsistan; restablece un orden de armonía y de paz verdadera, cambiando no ya la voluntad siempre benévola de Dios, sino la del pecador.

Cualquiera sea el medio, sacramental o no, de que Dios se sirve para perdonar, siempre hay correspondencia entre su perdón y el don de la gracia, entre el favor que El otorga y la conversión del pecador. El acto de Dios que justifica, y el

\* Del libro próximo a aparecer "El Sacramento del Perdón", de la Colección Hombre Nuevo. Ediciones Paulinas, Buenos Aires.

acto del pecador que se convierte, están ligados como la causa al efecto, un poco si se quiere, como el sol a la luz del día. Si el sol ha salido es de día; y a la inversa, si es de día, es que el sol ha salido ya. Así también, si el pecador deplora su pecado, es que ha recibido la gracia de Dios que perdona.

### LA CONTRICCIÓN BORRA EL PECADO

De lo dicho anteriormente podemos deducir algo importante. Si podemos decir en verdad que no hay pecado borrado sin gracia recibida y que no hay gracia donada sin conversión, también podremos decir que la contricción, es decir, el pesar del amigo apenado de haber ofendido a su Dios, borra el pecado. "El amor, dice San Pedro, cubre la muchedumbre de los pecados" (I Petr. 4, 8). El alma que lamenta su pecado y se acerca sinceramente a Dios no puede seguir en desgracia, ya que ese mismo pesar es en ella efecto de la gracia. Bastó a David decir "He pecado" (2 Reyes 12, 13). para que inmediatamente le fuera dicho: "Yahvé te ha perdonado tu pecado". Si el arrepentimiento es efecto de la gracia, es además fruto de la voluntad, convertida por esa gracia, pero también libremente convertida, libremente activa. La gracia no prescinde de esta colaboración de la voluntad. Así, el escritor sagrado ha podido decir que "Yahvé mira el corazón" (I Sam. 16, 7) y que perdona al corazón contrito. El hecho de que Dios lleve la iniciativa no suprime la necesaria y libre cooperación del hombre: "Convírteme y yo me convertiré, pues tú eres Yahvé, mi Dios. Después que tu me convertiste, me arrepentí" (Jer. 31, 18-19). La primacía absoluta de la acción de Dios no

anula el precepto: "Haced, pues, frutos dignos de penitencia" (Lc. 3, 8). Las palabras de San Pedro: "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados" (Act. 3, 19) pueden traducirse por esta fórmula: la contricción borra el pecado.

„Cuando la penitencia ha madurado, la verdadera contricción, aquella que es "perfecta" por la caridad, brota en el corazón del pecador, y se le concede el perdón de Dios. Según la expresión feliz del P. H. Dondaine, que, por lo demás traduce lo que ya el catecismo del Concilio de Trento repitió dos veces, el perdón "es otorgado en el instante preciso en que surge la contricción plenamente formada" (3).

### LA ECONOMIA SACRAMENTAL

Veamos ahora, cómo, todo esto que hemos dicho sobre la conversión, penitencia y arrepentimiento, se armoniza con la economía sacramental de la penitencia.

No podemos volver a Dios, si Dios no toma la iniciativa de mostrarse misericordioso con nosotros. Pero esta iniciativa, Dios ya la tomó respecto a la totalidad del género humano.

A lo anterior, ahora añadimos: no hay penitencia sin la confesión sacramental, o al menos sin la intención de confesarse.

Ciertamente la gracia de Dios no está ligada a este arrepentimiento externo, ni a ningún "medio" particular. Pero Dios, que es nuestro pedagogo y nuestro reeducador, ha querido para nuestro bien que pasemos por esta exterior manifestación. "A quien perdonaréis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuvieréis, les serán retenidos" (Jn. 20, 23).

Al instituir el Sacramento de la Penitencia, Cristo no introduce una innovación total. En todo tiempo el hombre pecador ha traducido su penitencia en actos exteriores. No carece de interés comprobar incluso que la renovación religiosa, tanto entre los anglicanos como entre los reformados, orienta hoy a unos y otros hacia una práctica más habitual o a un redescubrimiento de la confesión.

Es un hecho que Cristo ha entregado a las llaves de la Iglesia su poder de perdonar.

De la misma manera que no hay confesión (medio) que pueda dispensar de una contrición verdadera (fin), tampoco hay contrición cristiana que no vaya acompañada de la intención de confesarse.

Puesto que el arrepentimiento que borra el pecado es aquel por el cual el alma, volviendo a la amistad con Dios, se somete a su divina voluntad, hay que decir concretamente: en la actual economía de salvación, el arrepentimiento que borra el pecado es el que va acompañado de la intención de confesarse. Esta intención, proporciona a todo dolor, por interno que sea, un valor sacramental; por ella el sacramento comienza a producir sus frutos en el corazón del penitente.

Dios se presta al cambio de la voluntad humana, ofreciendo al hombre una ayuda sensible; le invita a vincular su fe en Cristo Salvador y su arrepentimiento, a un gesto que los expresa o que comienza tímidamente a expresarlos, y Dios se aprovecha de este paso, para "consumar" la conversión del corazón penitente.

El concilio de Trento define la contrición como "un dolor del alma y detestación del pecado cometido, con propósito de no pecar en adelante". Es la conversión interior, la puesta en paz con

Dios, la ruptura con el pasado, el comienzo de una nueva vida.

### ARREPENTIMIENTO Y NO REMORDIMIENTO

El descubrir que no se han afrontado nuestras responsabilidades en las relaciones con Dios y con el prójimo, puede producir un sentimiento de tristeza y remordimiento. Se sufre de no ser ante los propios ojos lo que uno habría querido ser. Uno lo lamenta, se repliega sobre sí mismo en el descorazonamiento y la tristeza.

Una reacción así nos sitúa en el centro del orgullo, sin amor y sin confianza. Habríamos querido salvarnos a nosotros mismos, sin esperar nada de Dios.

Esta fue la reacción de Judas después de su pecado. Estaba disgustado de sí mismo: tenía remordimientos. En vez de abrirse a Dios, se cerró sobre sí mismo y fue su ruina.

El arrepentimiento es algo muy distinto. A partir de los mismos descubrimientos, desemboca naturalmente hacia la conversión. Cuando descubrimos que hemos rechazado la llamada de Dios a lo largo de nuestra vida, nos damos cuenta que hemos preferido nuestro propio plan al suyo y nos descubrimos al mismo tiempo, sin amor, con el deseo de amar al Señor como no lo hemos hecho antes, y de abrazar su plan. *El arrepentimiento es ya un retorno hacia Dios en la confianza, mientras que el remordimiento es un repliegue sobre sí mismo.*

Cuando nos descubrimos lejos de Dios por el pecado, sólo podemos estar animados por el deseo de aproximación y de reconciliación; no podemos encerrarnos ni en el descorazonamiento, ni en la desesperación, ni en la estúpida y orgullosa presunción de marchar nuevamente solos en la tristeza y agresividad.



El arrepentimiento de Pedro, luego de su triple negación es el retorno a Dios en la confianza y el abandono. Lo mismo es el arrepentimiento del hijo pródigo. Lo que lo salva es el descubrimiento de su pecado y la fe inquebrantable en el amor de su padre. Este aún le reserva una acogida con la que él no contaba: es introducido en la casa familiar como hijo verdadero, como si nada hubiera pasado.

Tal vez fuera bueno evitar durante cincuenta años la palabra "arrepentimiento" como se entiende hoy, con demasiada facilidad, un lamentarse vacío y sin proyecciones de conversión, un deseo barato de que las cosas hubieran sido de otra manera. En lugar de decir "tienes que arrepentirte", se podría decir "tienes que cambiar de vida, tienes que trabajar-te dura y honradamente, tienes que transformar tus disposiciones de ánimo y tus actitudes, tienes que transformar, negándote a ti mismo, a tus impulsos; no te dueñas de tus actos; ve más lejos: desautoriza dura y activamente tu disposición de ánimo".

Es lamentable, que vista desde fuera, la liturgia de la Penitencia se haya reducido a unas pocas palabras rápidamente susurradas. No se necesita ser un romántico de la liturgia para dolerse de estas cosas.

Importa enormemente que el hombre realice personalmente y desde la hondura de su ser lo que ocurre sacramentalmente. *El sacramento es más que el acto jurídico de la absolución.* Mientras el hombre actual no vea el carácter específicamente cristiano y eclesiológico del sacramento, pensará más pronto o más tarde que puede tratar a solas con Dios la cuestión de sus pecados, si en eso estriba el sentido del sacramento.

## ACUSACION DE LOS PECADOS

La conversión incluye necesariamente la propia confesión de todos los pecados ante Dios. La Iglesia universal siempre entendió que la confesión íntegra de los pecados fue instituida por el Señor y necesaria a todos los caídos después del bautismo.

La disposición de confesarse ante la Iglesia es una consecuencia de la sincera confesión ante Dios, pues el retorno a Dios no puede realizarse sin el retorno humilde y contrito a la Comunidad en la que Dios depositó la salvación.

Al examinar su conciencia el cristiano se encuentra con que ya no está en comunión con Dios y sus hermanos. Al acusarse de sus pecados, se dirige a través del confesor a Dios y a toda la comunidad cristiana contra quienes ha pecado.

La acusación cristiana de los pecados no tiene nada que ver con una necesidad más o menos morbosa de aliviarse, cediendo a otro el remordimiento de conciencia que no tiene el valor de conservar para sí solo. Tampoco tiene nada que ver una búsqueda malsana del sufrimiento de humillarse ante otro narrándole sus pecados.

La acusación cristiana de los pecados ante un sacerdote es una profesión de fe del pecador, en busca de la plenificación de su conversión. Quiere volver a su Padre, busca el camino y desea hacer suyo el plan de Dios en su vida, en común con sus hermanos.

El descubrimiento de su ruptura, de su pecado, le impulsa a ir al encuentro del sacerdote ante quien se acusa. Su corazón se ha vuelto hacia Dios.

¿Por qué tenemos que ir a confesarnos si Dios ya ha perdonado volviendo a nuestro corazón? Porque Cristo resucita-

do sólo salva y perdona y hace vivir en el seno de la comunidad cristiana, en el interior de la Iglesia. Antes Cristo actuaba a través de su humanidad; hoy actúa a través de los sacramentos que celebran los cristianos alrededor de sus sacerdotes. Los sacramentos que nos unen a Cristo nos hacen miembros vivos de su cuerpo y nos unen a la cabeza.

Cuando el cristiano penitente se acerca al sacramento de la Iglesia no comienza ésta su obra en él. Su gran obra en él la ha realizado ya, pues la conversión interior del pecador es ya la obra de la Iglesia orante.

Cuando la Iglesia lleva a cabo en nosotros la obra de la reconciliación, como delegada de Cristo, puede hacerlo porque ya anteriormente la había comenzado con su oración.

### LA CONFESION A LA FAZ DE LA COMUNIDAD SANTA DE LA IGLESIA

La confesión sensible, a la faz de la Iglesia, corresponde a la absolución también sensible, por la cual la amistad divina se da la mano con la experiencia de la fe. De ahí que el penitente debe llegar a una confesión tan sincera y santa como corresponde a la santidad y fidelidad de la promesa con que Cristo le asegura su perdón. Es preciso que, al celo inflamado con que Cristo ansía borrar los pecados para darnos la salvación, corresponda una acusación profundamente dolorosa y arrepentida, y que la confesión sea, por la devoción y humildad que la acompaña, el himno a la gloria de la misericordia divina que Cristo y la Iglesia pretenden con su acción sacramental. Así el arrepentimiento, unido a la acusación y absolución del sacer-

dote, se transforma en un acto de culto, en un himno de alabanza a la majestad divina.

El amor a Dios, "*a quien no vemos*", se prueba por el amor al "*hermano a quien sí vemos*" (I Jn. 4, 20). Algo semejante pasa con la confesión hecha al representante visible de Dios y de la Iglesia: es la *prueba fehaciente de nuestra auténtica confesión a Dios*.

Al pecado concurre tanto el cuerpo como el alma. Al pecar se pronuncia el hombre contra el honor de Dios en forma, en cierto modo, visible. Con la gracia debe recibir la prenda y el germen de una futura gloria visible que resplandecerá en la comunidad de los santos. De ahí también el valor de la confesión exterior de los pecados; *es el testimonio que la salvación es solidaria con los demás miembros de la Iglesia*. Las palabras de Mounier: "El cristiano es un ser que se acusa" deben entenderse aplicadas a su ser entero, corporal, espiritual y social.

La confesión exterior ante la Iglesia visible es la que da profundidad a los componentes más íntimos de la contrición, cuales son *la humildad y la sinceridad*. Además, la confesión permite llegar a un *pleno conocimiento de sí mismo*. Lo que nos vemos forzados a manifestar a otra persona queda precisado en la conciencia con mayor claridad. "El mero pensamiento, la mera palabra interior no consigue resquebrajar los muros de la cárcel solitaria que aprisiona el pecado; por eso no basta para aquietar el alma. Sólo su formulación verbal exterior le da forma concreta y lo pone a la luz, ante los ojos".

Muchos hoy en día, rechazando la confesión sacramental, buscan un sustituto en la *confesión psicoanalítica*, que sin ser una acusación dolorosa, es con todo, la

revelación completa de las intimidades del alma. Escuchemos la experiencia de un personaje de GERTRUD VON LEFORT:

"En lugar de acudir al sacramento, acudí a la ciencia: me confesé con el médico y recibí de él la única absolución que el mundo puede dar, la absolución del psiquiatra, para el cual no existen pecadores, ya que no existiendo el alma, no puede privarse de Dios. Y esta absolución me dio aquella paz tremenda en la que viven hoy miles de personas, cuya enfermedad no es sino el desdeñar la paz que ofrece Dios".

La verdadera profundidad y eficacia de la confesión sólo se alcanza en la confe-

sión sacramental, hecha a la faz de la comunidad santa de la Iglesia, sociedad de salvación. Sólo en Cristo, en atención a El, que es la palabra de Dios encarnada, "viva, eficaz y tajante más que espada de dos filos y que penetra hasta la división del alma y del espíritu... y dis-cierne los pensamientos y las intenciones del corazón, ante cuya presencia no hay cosa creada, que no sea manifiesta, ante cuyos ojos todo es manifiesto" y que al mismo tiempo es "nuestro sumo sacerdote, que sabe compadecerse de nosotros", en atención a El, decimos, "nos mantenemos firmes en la confesión y nos acercamos confiadamente al trono de la gloria" (Hebreos 4, 14-16). ♦

---

## "ESTUDIOS", revista argentina de Cultura, Información y Documentación

---

Fundada en 1911. — Dirección y Administración: Callao 542, Buenos Aires, T. E. 40-7997  
Registro de la Propiedad Intelectual N° 727.814

Puede suscribirse a la revista  
"ESTUDIOS"

enviando cheque, giro postal o bancario, a la orden de:  
*Revista "Estudios"*

### tarifa de suscripciones

Suscripción anual (10 ediciones) .....	m\$.n. 350
Suscripción semestral (5 ediciones) .....	" 175
Suscripción especial de ayuda .....	" 700
Ejemplar del mes en curso .....	" 40
Ejemplar atrasado del año .....	" 50
Ejemplar atrasado de años anteriores .....	a convenir
Exterior: suscripción anual .....	u\$. 5.00

---